

EXVOTOS

*Karla Sterloff**

Olés a geranio, y a mirto. Sí, vos Ethel con vestido azul, que te sentás al borde de este muro de ladrillo y te apretujás entre las chinas y el musgo de la casa esquinera secándote el sudor con el dorso de la mano. Sentada ahí, parecés una dormilona, una pequeña matita de dormilona, aferrada al sueño y al silencio. Y no me ves, porque en este momento preferís comerte el helado como si tuvieras de nuevo ocho años y la sed de la caminata se te concentra en la boca, mientras yo te miro Ethel y te voy escribiendo como a una carta.

Tenés el cabello recogido en moño al final de la nuca, donde terminó la esbeltez antigua de tu espalda. Y te quedó la costumbre de escarbar en el bolso de mano desde que sacabas monedas enredadas en papeles de celofán de la cartera de mamá. Del origen te son las pecas y ese color pálido del rostro. Hoy los años se te ponen en fila en cada dedo con artritis y nos hemos vuelto lentas e imprecisas, como las luces de los carros en la lluvia, tropezando lejanas con el hoyo tatuado en la calle, partiendo con los ojos empañados al retomar el camino de la romería.

Ethel arruga la cara ya arrugada al final del helado, que chorrea coco y leche sobre el vestido azul. Y es que hace calor en Cartago, a pesar de que el agua espera entre dos nubarrones grises al final de la tarde.

Como todas las veces en cada mañana de los últimos cincuenta y cinco años, partimos con el almuerzo y el termo en el bolso, un dos de agosto, con la convicción de que otra vez, aunque los años nos hagan trampas en la ruta, llegaremos a la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles, buscando el altar de los exvotos. Bajaremos la peña lentamente, ella recorrerá los brazos, corazones y los niñitos de oro que descansan atiborrados entre las lágrimas y las oraciones de los fieles, y buscará ansiosamente en la vitrina: -Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es...

La letanía es la circunstancia plegada al borde de la tarde, abriéndose paso entre las palomas de la plaza y los papeles del piso que el viento ondula.

Y es difícil saber, por qué la misma ruta se hace a la misma hora, en la misma forma y en todo caso, por qué Ethel trae siempre el mismo vestido azul, ajustado tantas veces en la cintura como para complacer al cuerpo que se va llenando con los años, a la mejor manera de esas lunas crecientes y blancas.

Sólo una de las dos escribe esto, pero viene siendo lo mismo, porque Ethel y yo, como buenas gemelas, hemos aprendido a desdoblarse funciones, a imaginar que nos leemos el pensamiento y las personas ahora saben que ven a dos viejas y antes vieron a dos niñas, como si fuéramos distintas caras de la misma moneda.

* Psicóloga y educadora, actualmente cursa la Maestría en Literatura Latinoamericana en la Universidad de Costa Rica.
Recepción: 15/3/10 Aceptación: 16/4/10

Ethel es la que piensa y yo soy la que escribo sin coger un lápiz, mientras ella se come un helado de palito o se duerme silente entre las flores del patio. Porque uno con los años ya no necesita hablar ni escribir tanto, todo parece que se dijo ya y el lápiz siempre tiembla en la mano, como la sombra de un recuerdo. Así que se escribe mejor en la memoria, aunque se vaya registrando en gris y se haga difusa con el tiempo, como aquellas fotografías guardadas debajo de la cama.

Nunca sabremos cuál de las dos es más fuerte, cuál es la que quiere seguir caminando y cuál la que desea regresar a casa a tenderse en el sillón. Solo sé que yo pongo a Brahms y luego la veo llorar mientras hace circulitos y gira las agujas y los hilos de bordar se le enredan en los dedos, sobre todo si es en julio y se acerca la romería. Entonces trato de no mirarla, mezo la silla y me aclaro la garganta para no llorar con ella. Y aunque nos parecemos tanto, yo no sé llorar.

Solamente una vez al año pienso en él, y sé que ella también le piensa, pero no dice nada, solo le da por tejer más, por bordar y hacerle más flores al mantel, por poner esa cara triste junto a la silla de los canastos, mientras yo veo como van llenándose de prendas bordadas.

Y a mí en las noches me gusta abrir la valija vieja que guardo debajo de la cama, y la sinfonía se enluta cuando la escucho yo, traspasada en gris por las aristas de las pocas fotos que nos quedan. Y cierro los ojos y aparece Chaim, como había llegado esa tarde de domingo, con la *Olympus* gigante amarrada al cuello, y la figura triste envuelta en el saco mustio.

Papá recibió la carta, ajada y escrita en húngaro, con nuestra dirección al dorso. La tía Arianne contaba de las pretensiones religiosas del aquel hijo suyo, largo, de ojos aceituna y olor a mar. De inmediato fue llevado a la mesa donde todos comíamos y devoró aquella primera sopa en casa, con un disimulo inútil, mientras nosotras reíamos y Ethel aceleraba el ritmo de los dedos sobre el mantel en una interjección muda que yo sí supe comprender.

Papá le asignó el cuartillo al fondo del patio, desde donde lo veíamos fumar y cantar

mazurcas, siempre a trasluz de la ventana pintada. Así que nuestras noches se fueron acostumbrando al canto lánguido de Chaim y abandonamos a Brahms entre los acetatos negros de la sala.

Las dos sabemos que hubo un error, a nuestra manera nos completamos la historia, yo la escribo y ella teje y por las noches de la víspera de agosto, sabemos que le va a empezar la pena grande. Entonces es cuando la casa se siente más sola, y las ventanas que dan a la terraza dejan entrar la luz de a pocos, como iluminando por temporadas la cocina. Y estamos seguras de nunca habernos reprochado las cosas, de nunca juzgarnos; porque tenemos muy claro que entre ella y yo no hay mucha diferencia.

-...Ave María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores ...

Todo se mezcla un poco entre ella y la música que se escucha de fondo, entre los avemaríamadrededios de esta basílica y el eco de los años. Y ahora que descendemos la gruta y la gente nos cede el paso, me doy cuenta de que estamos viejas, el cuerpo no obedece y se deposita ajeno en cada escalón esperando que sea el último.

Todo terminó en vísperas de agosto. Terminaron las notas del acordeón detrás de la ventana, las plegarias en latín arrodillados sobre la cama, los versos y sobresaltos con cada parpadeo del obturador.

Yo había raspado con la punta de un clavo la pintura del vidrio y permanecí por horas viendo el vestido azul de Ethel en el piso, imaginando a la virgen más blanca aún, ante la imagen de un dios desnudo.

Y era ella, pero pude haber sido yo. Ethel lloraba, tenía un hilito de voz y se envolvía con las manos los ojos. Esta única vez, yo mantenía el silencio tras la ventana. ¿Y cómo saber qué él no le haría más daño?

Después de esa noche, decidí ser yo la que le prestara la boca y nunca fue más larga la espera que aquella que hacía al lado de Brahms, silenciosa en vilo a la luz apagada del cuarto del patio.

-Bendita eres entre todas las mujeres...

De la piedra emana el líquido santo y me salpica los labios, agrietados y duros al mediodía. Atrás solo el eco de la muchedumbre y Ethel tiene sed.

Entonces solo éramos dos siluetas y él era el dios que buscaba mi luz sobre la superficie incipiente de los pechos, por el contorno de las piernas, sobre la cama crujiente debajo del crucifijo de palo. Y las madrugadas eran frías y largas, yo fui un eco de la lluvia sobre la montaña.

Y Ethel nunca dijo nada cuando aquel año sólo volvió papá de la romería, cuando corrió a esconder las fotos, cuando meses después no le quedó el vestido y una noche intentó desangrarse con la luna.

Desde ese año permanecimos en esta casa como el sauce que se agita en el jardín esperando las notas del viento.

Y aunque nunca hasta hoy hemos hablado de esto, yo siempre sabré por qué frente a La Negrita de los Ángeles, yace una foto cada año al pie del altar de los exvotos, mientras yo sigo escribiendo y la voz me tiembla unida al incesante coro, ahora y en la hora de nuestra muerte.